

América Latina después de las elecciones

Manuel Alcántara

El juego electoral tiene hoy —más que nunca antes en la historia de América Latina— un papel central en la dinámica política de la región. En este sentido, los diferentes comicios acontecidos en Latinoamérica entre noviembre de 2005 y diciembre de 2006 han sido jalones en un calendario constitucional previamente establecido que se repite —sin excesivas sorpresas— ininterrumpidamente desde lapsos diferentes, pero nunca inferiores a una década. El carrusel electoral ha estado marcado por la normalidad que supone la institucionalización de las elecciones para renovar o, en su caso, ratificar a la élite política sin que, a pesar del estrecho margen en los resultados de algunos de los comicios, se contabilizaran anomalías relevantes que salpicaran su desarrollo, excepto el caso bien conocido de México. En cuanto a los índices de participación —cuyo promedio para toda la región entre 1978 y 2006, conviene no olvidar, sobrepasa ligeramente el 70%—, éstos se sitúan en intervalos razonables, creciendo en algunos países si consideramos las dos últimas citas electorales, como han sido los casos de Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela, con incrementos superiores a ocho puntos porcentuales, disminuyendo en Costa Rica y México (tres y cinco puntos porcentuales respectivamente) y sobre todo en Honduras (once puntos). Colombia mantiene sus tradicionales pautas de elevado abstencionismo al ser únicamente su participación del 45%.

Los quince procesos electorales, repartidos en trece países, han servido para que en nueve de ellos se eligiera simultáneamente a los poderes Ejecutivo y Legislativo (Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, Honduras, Perú, México y Nicaragua), en cuatro solamente a sus parlamentarios (Colombia, El Salvador, República Dominicana y Venezuela), y en dos a sus presidentes (Colombia y Venezuela). Dejando de lado Cuba, por razones obvias, es más fácil enunciar a quienes no han ido a las urnas: se trata de Argentina, Guatemala, Panamá, Paraguay y Uruguay.

La rutina en que se han convertido estos procesos no hace sino configurar un escenario que sólidamente se ha ido construyendo a lo largo del último cuarto de siglo sin parangón en la historia de la región, tanto en función de la extensión del fenómeno a la mayoría de los países —donde sólo Cuba permanece ajena—, como de duración, práctica generalizada y estabilidad. Esta arena de contienda política está definida por un entramado institucional en el que, si bien predomina la forma de gobierno presidencialista, las reglas electorales tanto para los comicios presidenciales como para los parlamentarios son muy variadas, todo lo cual hace muy difícil generalizar sobre el comportamiento electoral en América Latina. Sin embargo, caben extrapolarse dos notas muy generales que podrían ayudar a entender la situación política que ha terminado quedando dibujada tras el paso de la ciudadanía por las urnas. Se trata de dos grandes argumentos que constituyen sendos ejes de análisis: el primero se refiere al papel de los políticos, mientras que el segundo tiene que ver con la presencia de la ideología.

En primer lugar —como resultado inmediato y evidente del carrusel electoral—, hoy la política en América Latina vive un alto grado de profesionalización al quedar en manos de políticos con amplia experiencia en el escenario público. Los políticos importan. En este sentido se constata que todos los presidentes electos forman parte de la clase política con sólidos anclajes en el mundo de los partidos políticos y con experiencia previa en otros cargos de representación popular (ex presidentes y diputados) o de alta gestión pública (ministros). La única excepción podría ser la del ecuatoriano Rafael Correa, quien no cuenta con partido político alguno y apenas si contabiliza una experiencia ministerial de un par de meses. Ello supone el alejamiento de la tentación de la antipolítica iniciada en 1990 con Alberto Fujimori, seguida por Hugo Chávez ocho años más tarde y anunciada su secuencia con Ollanta Humala. Los resultados electorales han supuesto una gran continuidad que se debe, en gran medida, al furor que ha traído la fiebre reeleccionista. En seis de los once comicios presidenciales ha habido reelección (Jorge Uribe en Colombia, Lula Da Silva en Brasil y Hugo Chávez en Venezuela, de forma inmediata; y Óscar Arias en Costa Rica, Alan García en Perú y Daniel Ortega en Nicaragua, de forma alterna dejando pasar diferentes mandatos); de manera que solamente el boliviano Jorge Quiroga ha sido el único de los siete ex presidentes que no logró el éxito electoral. En otras dos elecciones, el partido o coalición del presidente saliente ha revalidado el mandato (la Concertación chilena, y más concretamente el Partido Socialista, así como el Partido de Acción Nacional en México llevando al poder, respectivamente, a Michelle Bachelet y a Felipe Calderón). En un caso (Honduras), el Partido Liberal del candidato vencedor, Manuel Zelaya, es una de las dos formaciones políticas tradicionales del país con mayor presencia histórica en el Ejecutivo, si cabe, que su ahora opositor Partido Nacional. Finalmente, en Ecuador

y Bolivia se produce la que a mi juicio constituye la verdadera conmoción política regional del período electoral recién concluido. Ambos países, que compartían el hecho de tener gobiernos de carácter interino o transitorio como consecuencia de sendas crisis que desalojaron del sillón presidencial a los presidentes electos, han supuesto dos excepciones con características diferentes. En Ecuador, el caso posiblemente más anómalo, se continúa la senda de la extrema volatilidad marcada ya con Lucio Gutiérrez y el desequilibrio partidista con un Ejecutivo sin partido y un Poder Legislativo controlado por los partidos tradicionales. En Bolivia, por su parte, accede al poder Evo Morales, alguien con experiencia sindical y parlamentaria que, no obstante, representa un cambio radical en la trayectoria política del país por la eclosión que supuso el histórico triunfo de una fuerza con un mayoritario apoyo social de sectores autocalificados como originarios e históricamente excluidos de la representación. Al hecho de ser el primer presidente que bajo los auspicios de la Constitución de 1966 obtenía la mayoría absoluta (circunstancia que nunca antes había sucedido y que hacía que fuera el Congreso quien determinaba la elección presidencial), debía sumarse la insólita naturaleza de la fuerza electoral que le llevaba al triunfo: un movimiento social integrado por población indígena tradicionalmente alejada de los comicios o que articulaba su participación en expresiones neopopulistas que se hicieron presentes en la década de 1990 con un claro componente antipolítico.

En segundo lugar, la ideología también importa, pues ello se traduce en el heterogéneo fortalecimiento de partidos de izquierda. El Movimiento al Socialismo en Bolivia tiene la mayoría absoluta en el país; el Frente Sandinista de Liberación Nacional es la primera fuerza en Nicaragua; igualmente, han crecido el Partido de la Revolución Democrática en México y el Polo Democrático Alternativo en Colombia. Por primera vez en la historia de sendos países dos grupos de izquierda se sitúan como segunda fuerza política con sólidas opciones de alcanzar el Poder Ejecutivo en el futuro próximo. Por otra parte, la izquierda en Brasil, Chile y El Salvador ha mantenido su posición, y el relativo éxito del Partido Aprista Peruano, agrupación integrante de la Internacional Socialista, completa un panorama ambiguamente cerrado, y tuvo también un momento de clara inflexión cuando el Frente Amplio ganó las elecciones presidenciales y legislativas uruguayas de 2004. No obstante, esta indudable presencia en los Ejecutivos de los partidos o agrupaciones de izquierda debe ser matizada, de manera que la referencia a un inequívoco giro a la izquierda de la región, al que algunos comunicadores se han referido, tiene que ser cuestionada. En efecto, este supuesto giro a la izquierda en América Latina es un lugar común que no deja de repetirse en foros políticos y en los medios de comunicación. Sin embargo, es una apreciación que requiere clarificar el propio término. ¿De qué izquierda se está hablando? En mi opinión

se trata de dos ofertas que mantienen posiciones muy dispares y que situaría una en el legado nacional populista y otra en el polo socialdemócrata.

En América Latina pervive, como consecuencia de cierto legado intelectual que ha vuelto a rebrotar de manera relativamente reciente, el cuestionamiento de la aplicación teórica de las propias categorías de derecha y de izquierda, como binomio definidor del juego político, por su contenido eurocéntrico, que se decía inapropiado para la región. Además, el peso del populismo, que comenzó a extenderse a partir de la década de 1930, diluyó las posibilidades de confrontación entre la izquierda y derecha por su vocación centrípeta, el ensalzamiento de los patrones de identidad nacional y la utilización del Estado como el gran sumi-nistrador de bienes y servicios, así como de regulador de las relaciones sociales y económicas. Salvando las distancias temporales, el actual gobierno argentino gozaría de aquella confusión que tan difícil hizo el uso del binomio izquierda-derecha, al mantener el peronismo, nacido hace sesenta años, una vocación de sistema político en sí mismo, más que un partido a secas, donde cabe y se da el juego de dicho binomio. Néstor Kirchner ahora se identifica con el sector de la izquierda de su partido, contraponiéndose a Carlos Menem que se situó a la derecha.

Pero también, y sin tener en cuenta que la forma de gobierno generalizada en América Latina es el presidencialismo, se hacen análisis que tienden a equiparar el color político de la presidencia con el de la generalidad del propio gobierno, y ya no se diga con el color político del Congreso. Que el presidente brasileño, fundador del izquierdista partido *Travallista* a principios de la década de 1980, y que la presidente chilena, militante destacada del no menos izquierdista Partido Socialista, que se acerca a los cien años de historia, pertenezcan ambos individualmente considerados sin lugar a dudas a la izquierda, no sólo de sus países si no, me atrevo a decir, a una izquierda «internacionalmente homologada», no significa que sus gobiernos lo sean ni las mayorías que les apoyan en sus respectivos Congresos. Tampoco el retorno al poder de Daniel Ortega contribuye a sostener el argumento del giro izquierdista, en la medida en que la incorporación a su candidatura como vicepresidente de Jaime Morales, ex portavoz de la «contra» en los años de la guerra de baja intensidad, y la aproximación a la posición antiabortista de la Iglesia Católica dulcifican enormemente el posicionamiento ideológico.

Desde esta perspectiva, solamente Uruguay contaría con un gobierno de izquierda tras el veredicto mayoritario de las urnas a favor del Frente Amplio, formación que se aproxima a los cuarenta años de edad y que controla la presidencia, así como un gabinete mucho más homogéneo que el brasileño o el chileno junto con un Congreso en el que tiene cómoda mayoría.

El mayor ruido que se escucha proviene de Venezuela, donde Hugo Chávez ha atizado cinco de los componentes más clásicos del populismo latinoamericano de hace medio siglo: el papel del caudillo; el lenguaje emocional, retórico y lleno de claves con un fuerte contenido simbólico; el ‘movimentismo’ como expresión y cauce de la participación y de la representación política de un pueblo-nación que hasta la llegada del caudillo ha sido desposeído de todo su significado; el furibundo antiamericanismo traducido en la creciente confrontación verbal con el presidente George Bush y el alineamiento irrestricto con Fidel Castro, al igual que la vuelta al papel preponderante del Estado en una economía nuevamente centralizada. El patrocinio de Chávez de ciertas expresiones consideradas de izquierda por algunos —como pudieran ser los casos de Evo Morales, Rafael Correa y Daniel Ortega—, explicitado fundamentalmente por los sólidos nexos petroleros establecidos, no debe hacernos olvidar el millón y medio de barriles de petróleo diarios que Venezuela exporta al «diablo» estadounidense.

La política hace muy extraños compañeros de viaje y, en ese sentido, el factor internacional de alianzas, identificaciones y padrinzgos puede hacer cambiar, hoy más que nunca por la servidumbre que impone la globalización, lo que realmente son las cosas. Ello se encuentra en la vecina Bolivia, donde el Movimiento al Socialismo, partido fundado hace poco más de seis años y aupado sobre un movimiento social conformado por los productores de coca, ha alcanzado el poder con una mayoría insólita en la reciente historia del país andino. Como ya mencioné, la figura de su líder, el sindicalista Evo Morales, poco habitual en los muy formales cenáculos del poder latinoamericano, junto al secular abandono y exclusión de su mayoritaria población indígena y el señuelo de una venturosa explotación en clave autóctona de los hidrocarburos han proyectado la situación del país altiplánico como un refuerzo a las tesis del giro a la izquierda de la región. Un componente decisivo de este marco ha sido la entrada en escena del presidente venezolano, quien ha apadrinado el proceso.